



Durante siglos, una de las preguntas más frecuentes entre creyentes, escépticos y curiosos ha sido esta: **¿Creó Dios realmente el mundo en siete días de veinticuatro horas?**

La cuestión parece sencilla, pero en realidad nos introduce en uno de los temas más profundos de toda la teología cristiana. En una época donde muchos enfrentan la fe contra la ciencia, donde algunos creen que aceptar el Génesis obliga a rechazar la astronomía, la geología o la biología, y donde otros consideran que la Biblia quedó desacreditada por los descubrimientos científicos, resulta necesario volver a leer el texto sagrado con inteligencia, reverencia y profundidad.

La Iglesia Católica siempre ha enseñado que la Sagrada Escritura es verdadera, pero también ha insistido en que debe interpretarse según su género literario, su contexto histórico y la intención de sus autores inspirados.

Por eso, cuando abrimos los primeros capítulos del Génesis, no estamos leyendo un manual de cosmología moderna, sino una revelación divina sobre quién creó el mundo, por qué lo creó y cuál es el lugar del hombre dentro de él.

La pregunta correcta no es simplemente: «**¿Cuánto duró la creación?**», sino: «**¿Qué quiso enseñarnos Dios mediante el relato de los siete días?**»

Y la respuesta es mucho más fascinante de lo que muchos imaginan.

La Biblia no es un libro científico

Uno de los errores más comunes de nuestro tiempo consiste en exigir a la Biblia aquello que nunca pretendió ofrecer.

La Escritura no fue escrita para explicar la composición de los átomos, la velocidad de la luz, la edad de las galaxias o los mecanismos de la evolución biológica.

Su propósito es conducir al hombre hacia la salvación.

Como enseñó el gran doctor de la Iglesia San Agustín de Hipona, Dios quiso enseñarnos cómo ir al cielo, no cómo funcionan los cielos.



Esto no significa que la Biblia contenga errores. Significa que debemos comprender correctamente qué tipo de verdad está comunicando.

Cuando un salmo afirma que «los montes saltan como carneros» (Salmo 114), nadie piensa que las montañas tienen patas.

Del mismo modo, cuando el Génesis describe la creación mediante una secuencia de siete días, debemos preguntarnos qué significado teológico está transmitiendo.

El lenguaje del Génesis: una visión antigua del mundo

Para entender el relato de la creación debemos recordar que fue escrito para pueblos del antiguo Oriente Próximo.

Aquellas culturas no poseían telescopios ni observatorios astronómicos.

Describían la realidad tal como la percibían.

Por eso el Génesis habla de:

- Los cielos.
- La tierra.
- Las aguas superiores.
- Las aguas inferiores.
- El firmamento.

No se trata de ignorancia inspirada por Dios.

Se trata de que Dios habló a los hombres utilizando el lenguaje que ellos podían comprender.

Del mismo modo que hoy hablamos del «amanecer» aunque sabemos que la Tierra gira alrededor del Sol, los autores bíblicos describían el mundo según la experiencia humana cotidiana.



¿Por qué la Biblia dice «los cielos y la tierra»?

Aquí encontramos un detalle extraordinariamente importante.

En hebreo antiguo no existía una palabra equivalente a nuestro concepto moderno de «universo».

Por ello, para expresar la totalidad de lo creado se utilizaba una figura literaria conocida como merismo.

Consiste en nombrar dos extremos para referirse al conjunto.

Así, cuando el Génesis comienza diciendo:

┆ «*En el principio creó Dios los cielos y la tierra*» (Gn 1,1).

No está afirmando que Dios creó únicamente el cielo y el suelo.

Está diciendo que Dios creó absolutamente todo.

«Los cielos y la tierra» equivalen a lo que hoy llamaríamos:

El cosmos.

El universo.

Toda la realidad creada.

El mensaje central es que nada existe fuera del poder creador de Dios.



¿Qué significa realmente un «día» en el Génesis?

Aquí llegamos al centro del debate.

La palabra hebrea utilizada es *yom*.

Esta palabra puede significar:

- Un día de veinticuatro horas.
- Un período indeterminado.
- Una época.
- Una etapa histórica.
- Un tiempo señalado por Dios.

Incluso dentro de la propia Biblia encontramos usos muy variados.

Por ejemplo:

«Porque mil años ante tus ojos son como el día de ayer que pasó.»
(Salmo 90,4)

Y también:

«Para el Señor un día es como mil años y mil años como un día.» (2
Pedro 3,8)

Por ello, numerosos Padres de la Iglesia consideraron que los «días» del Génesis no debían interpretarse necesariamente como jornadas cronológicas ordinarias.



Un detalle que muchos pasan por alto

Existe además una observación muy interesante.

El Sol aparece recién en el cuarto día.

Pero según nuestra forma de medir el tiempo, los días dependen precisamente del movimiento aparente del Sol.

Entonces surge una pregunta lógica:

¿Cómo podían existir días solares antes de que existiera el Sol?

El propio texto parece indicar que está comunicando algo más profundo que una simple cronología.

El simbolismo sagrado del número siete

Para comprender el relato debemos entender la importancia del número siete en la mentalidad bíblica.

El siete representa:

- Plenitud.
- Perfección.
- Totalidad.
- Obra completa.
- Consagración.

Aparece constantemente en toda la Escritura.

Encontramos:

- Siete lámparas.
- Siete trompetas.
- Siete sellos.



- Siete iglesias.
- Siete dones del Espíritu Santo.
- Setenta veces siete.
- El séptimo día santo.

En la Biblia, el siete es el número de la obra perfecta de Dios.

Por eso el relato de la creación está organizado en siete días.

No pretende únicamente informar sobre una secuencia temporal.

Pretende mostrar que la creación es una obra perfecta, ordenada y querida por Dios.

La estructura de los siete días

Muchos estudiosos han observado una maravillosa simetría en el relato.

Los tres primeros días preparan el mundo.

Los tres siguientes lo llenan.

Finalmente llega el séptimo día.

Veamos.

Primer día: la luz

Dios separa la luz de las tinieblas.

No crea simplemente una fuente luminosa.

Introduce el orden frente al caos.

La luz simboliza:



- La verdad.
- La sabiduría.
- La presencia divina.

Por eso el Evangelio dirá más tarde:

| *«Yo soy la luz del mundo.» (Juan 8,12)*

La creación comienza con la luz porque toda existencia procede de Dios.

Segundo día: el firmamento

Dios separa las aguas superiores de las inferiores.

Para la mentalidad antigua esto significaba organizar el cosmos.

El mensaje es claro:

El universo no es fruto del azar ni del conflicto entre dioses.

Está gobernado por una inteligencia suprema.

Tercer día: tierra firme y vegetación

Surgen los continentes y las plantas.

La tierra se convierte en un lugar habitable.

Dios prepara una casa para la humanidad.

Nada es improvisado.



Todo responde a un plan.

Cuarto día: sol, luna y estrellas

Aquí ocurre algo muy significativo.

Los astros aparecen después de la luz.

¿Por qué?

Porque en las culturas paganas los astros eran considerados divinidades.

El Génesis los presenta simplemente como criaturas.

No son dioses.

No gobiernan el destino humano.

Son obras del único Dios verdadero.

El mensaje es una poderosa refutación de la idolatría.

Quinto día: peces y aves

Los espacios creados anteriormente comienzan a llenarse de vida.

Las aguas reciben peces.

Los cielos reciben aves.

La creación adquiere dinamismo y belleza.



Sexto día: animales terrestres y hombre

Llegamos al punto culminante.

Después de crear los animales terrestres, Dios crea al hombre.

Y aquí aparece una diferencia radical.

Mientras las demás criaturas son creadas mediante una simple orden divina, respecto al hombre encontramos una expresión solemne:

| *«Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.» (Gn 1,26)*

El hombre no es un accidente cósmico.

No es un animal más.

Posee una dignidad única.

Tiene inteligencia, voluntad y alma espiritual.

Ha sido creado para conocer, amar y servir a Dios.

El séptimo día: el día más importante

Paradójicamente, el día más importante es aquel en el que Dios no crea nada.

Dice el Génesis:

| *«Y descansó el séptimo día de toda la obra que había hecho.» (Gn*



| 2,2)

¿Significa que Dios estaba cansado?

Por supuesto que no.

Dios es omnipotente.

El descanso simboliza algo mucho más profundo.

Representa:

- La culminación de la creación.
- La bendición divina.
- La comunión entre Dios y el hombre.
- El destino final de la humanidad.

La creación no termina en el trabajo.

Termina en la adoración.

El objetivo último del universo es la gloria de Dios.

El Génesis como un gran templo cósmico

Algunos estudios teológicos han señalado algo fascinante.

El relato de los siete días posee paralelismos con la dedicación de un templo.

En el mundo antiguo, cuando un templo quedaba terminado, la divinidad tomaba posesión de él.

De manera semejante, Dios organiza el cosmos y finalmente «descansa» en él.

La creación aparece entonces como un inmenso templo donde el hombre ejerce una misión sacerdotal: ofrecer toda la creación de vuelta a su Creador.



¿Qué dice la Iglesia Católica?

La Iglesia jamás ha definido dogmáticamente que los siete días deban entenderse necesariamente como períodos de veinticuatro horas.

Lo que sí enseña de manera firme es:

- Dios creó todas las cosas.
- La creación no es fruto del azar absoluto.
- El hombre posee un alma espiritual creada directamente por Dios.
- Toda la realidad depende continuamente de su Creador.

Los detalles sobre los procesos temporales de la creación han sido objeto de legítima reflexión teológica.

¿Existe contradicción entre fe y ciencia?

No.

La verdadera ciencia y la verdadera fe no pueden contradecirse porque ambas proceden del mismo Dios.

La ciencia estudia el funcionamiento del universo.

La teología estudia su significado último.

La ciencia puede preguntar:

«¿Cómo se formaron las estrellas?»

La fe pregunta:

«¿Por qué existe algo en lugar de nada?»



La ciencia puede describir mecanismos.

La fe revela propósitos.

Ambas perspectivas son distintas pero complementarias.

El mensaje espiritual para nuestro tiempo

Quizá la cuestión más importante no sea cuántas horas duró la creación.

La pregunta decisiva es otra:

¿Qué nos dice hoy el relato de los siete días?

Nos recuerda que:

- El universo tiene un Autor.
- La vida posee un sentido.
- El hombre no es un accidente.
- La creación es buena.
- El trabajo tiene dignidad.
- El descanso sagrado es necesario.
- Todo está orientado hacia Dios.

En una cultura marcada por el materialismo, el relativismo y la pérdida del sentido trascendente, el Génesis sigue proclamando una verdad revolucionaria:

No somos fruto del caos.

Fuimos pensados.

Fuimos amados.

Fuimos creados con un propósito eterno.



Conclusión: más allá de los siete días

Cuando leemos el Génesis con ojos puramente modernos, corremos el riesgo de perder su mensaje más profundo.

Los siete días no son simplemente una cronología.

Son una magnífica catequesis inspirada por Dios.

Nos enseñan que el universo es ordenado, que la creación es buena, que el hombre ocupa un lugar privilegiado y que toda la historia se dirige hacia el descanso definitivo en Dios.

Por eso, la pregunta «¿Dios hizo el mundo en siete días?» encuentra una respuesta más rica de lo que imaginábamos.

La Escritura no pretende enseñarnos astronomía, física o geología.

Quiere revelarnos algo infinitamente más importante:

Que detrás de cada estrella, de cada átomo, de cada ser vivo y de cada latido de nuestro corazón se encuentra la sabiduría amorosa del Dios que creó los cielos y la tierra.

Y esa verdad, miles de años después de que se escribiera el Génesis, sigue siendo tan actual, tan profunda y tan transformadora como el primer día en que la luz brilló sobre el mundo.